

OLOR A TIERRA

Uno envejece sin saber por qué, pero los paisajes de su vida permanecen intactos en la memoria.

A su paso por la Ribera Navarra, el Ebro es un cuchillo que se abre paso fácilmente entre tierras de yeso y arcilla. Algunos pueblos se encaraman sobre la vega del río, equidistantes entre los verdes de su territorio húmedo y los ocres del monte próximo. Perdida en territorio fronterizo entre la Ribera y La Rioja, alzada sobre el extremo de un páramo recubierto de pequeñas manchas de pino y de un desierto de labrantíos de secano, se alza la ermita de Santa Cruz, blanca, como un faro sobre el extremo de la roca, reflejando hacia el horizonte de tierras de labor la luz del sol y la más pálida de la luna en las noches claras, indicando que a sus pies, bastantes metros más abajo, el río se estremece y se retuerce en una curva casi imposible que lentamente, a lo largo del tiempo, se va haciendo más amplia, minando así la peña sobre la que se alza la ermita. Observando desde arriba hacia el lado contrario del río se ve un camino, calco de rodadas de tractores y mulas mecánicas, que conduce hacia Sartaguda, nombre de etimología difícil, al que, en el tiempo de este relato, se accedía por una carretera que era su única vía de entrada y salida, hasta que levantaron el puente sobre el Ebro.

En la época de mi adolescencia, el pueblo se revolvía en su propio devenir, al igual que cualquier pueblo pequeño, como un puchero en el que se cuecen historias particulares, que en conjunto conforman la historia del pueblo: historias de rencillas, de amistades de palabra y de hecho, de soledades imposibles o impuestas, de sacrificio común o incomunicación. Porque en una comunidad pequeña parece que un hilo invisible uniera a cada uno de sus habitantes conformando una telaraña en la que cualquier vibración es percibida desde todas sus esquinas. Durante el verano, la telaraña se tensaba y se animaba con la llegada de los veraneantes que compartían, solo parcialmente, las historias que conformaban el ser del pueblo. La presencia de estos visitantes temporales iba calando más hondo en el alma del lugar de manera proporcional al tiempo que venían acudiendo a Sartaguda durante los veranos. Y entonces, durante aquellos meses, parecía que un viento nuevo llegara con un bullicio renovador de los sueños de siempre, hecho que era considerado y tolerado de diferentes formas por los naturales del lugar: no había un juicio uniforme acerca de los forasteros, porque estos formaban un conjunto heterogéneo en el que había familias que, ajenas totalmente al pueblo, buscaban simplemente sol y tranquilidad; llegaba gente nacida en el mismo pueblo, que había construido sus vidas fuera de él y que volvían en verano a retomar sus raíces y regarlas con el recuerdo revitalizador; amigos de amigos; curiosos; turistas

ocasionales; etc. Yo pertenecía al primer grupo: mi familia encontró Sartaguda por casualidad. Buscábamos el sol y huíamos del ajetreo del asfalto. Y entonces empezaron a sucederse los años y los veranos a orillas del Ebro, entre la vega y la montaña. Y entre los que llegábamos de fuera y los naturales del pueblo se iban creando lazos que se ataban y desataban con facilidad y por muy diferentes causas.

Esa fue mi adolescencia, una idea de eternidad, un convencimiento de algo interminable instalado en el pensamiento mientras observaba desde lo alto de la peña, junto a la ermita, la curva del río que poco a poco la iba minando; era como si ambos se neutralizaran mutuamente: el río iba arrancando fragmentos de roca blanda produciendo el derrumbamiento de las capas superiores. A su vez, los restos pétreos caían sobre el río disminuyendo su profundidad en un proceso que habría de durar cientos de miles de veces más que lo que duraba el pensamiento que en aquellos momentos se instalaba en mi mente.

Yo la amé como se ama en la adolescencia, que no es sino el amor con el que uno querrá a lo largo de su vida solo que teñido de eternidad. Sí, yo la amé con todo el amor que se acumula en diez meses para eclosionar en un verano de dos. La amé y la quise y, con ello, creía que conquistaba la inmortalidad que el río me prometía en su viraje brusco hacia otras tierras en las que nunca veranearía.

El tiempo ha pasado y he envejecido, pero retorno cada año a la ermita de Santa Cruz y me siento cerca del extremo de la peña cuidando de que no sea el fragmento que ha de precipitarse sobre el río. Este, a pesar de los años, sigue lamiendo la roca blanda, llevándose consigo los fragmentos de mi sueño de inmortalidad.

Yo la amé sobre el lecho del río, en los meandros de su discurrir, cuando en verano bajaba lento, poco caudaloso, domesticado por la presa que más arriba regulaba su caudal. Y el cuerpo de ella reflejaba el sol como lo hacía la ermita, faro de mi deseo y mis querencias. En aquel momento sublime, mi adolescencia se desbocaba y deseaba que la vida fuera siempre un mediodía de verano, un sol en vertical tostando la piel que se remueve inquieta al contacto con los cantos rodados de las orillas del río. En ese momento buscábamos cobijo en la vegetación de la orilla, que nos protegía de miradas intrusas y del calor que desdibujaba el horizonte y lo hacía sisear ante nuestra vista. Y así pasábamos muchos días, convirtiendo aquellos arbustos en confidentes de nuestros sentimientos, de mis reflexiones acumuladas durante meses en una lista mental inconcreta y del repaso que ella hacía sobre lo sucedido en el pueblo durante mi ausencia. Cuando el sol comenzaba a declinar y la brisa refrescaba el ambiente, nos acercábamos al río y entonces cesaban las palabras y yo comprendía cuánto la había echado de menos. Su cuerpo parecía, ya-

ciendo sobre el lecho poco profundo del río, una isla de arenas tostadas, brillantes, refulgentes. Sus pechos eran dos médanos y a través de ellos observaba el ir y venir del agua contra la peña, lamiéndola, desgastándola para enterrar en su caída a quien la deshacía. Y, poco a poco, el sol declinaba y hacía más imprecisas las orillas y su cuerpo; el aire del atardecer susurraba en mis oídos palabras que hoy ya no oigo, palabras llenas de besos y ecos que reverberaban en la superficie pulida del río. Era entonces, mientras el agua se iba haciendo más opaca y el fondo desaparecía ante nuestros ojos, cuando iniciábamos el regreso al pueblo atravesando el río más arriba, por la presa que hacía años habían construido los propios labradores con piedras extraídas del lecho fluvial. Ella me señalaba el camino mientras saltaba de piedra en piedra con las sandalias calzadas, aunque se le mojaran, para que el pie desnudo no resbalara con el verdín. En aquellos momentos, yo deseaba cerrar los ojos y dejar que me guiara el olor con que el río había perfumado su piel morena, y saltar a ciegas de piedra en piedra guiado por una mano que estrechaba con fuerza la mía. El camino de regreso lo realizábamos en un silencio que solo carecía de palabras. La brisa nocturna traía el aroma de la fruta madura de los huertos que festoneaban el camino. Y acaso un “Te quiero” rompía la oscuridad para, a continuación, alejarse con un pequeño eco hacia la peña próxima, invisible ya a esas horas. Y cuando atisbábamos las primeras casas, liberábamos nuestras manos y nos despedíamos con un beso que sabía a tierra y a río, a yeso y arcilla, a romero y tomillo, a fruta madura, dulzona, aromatizada. Era preciso alejarse de las miradas inoportunas y de las bocas murmuradoras, porque en aquellos tiempos éramos jóvenes y los padres de los jóvenes manejaban conceptos e ideas que para nosotros estaban caducos y lo caduco no cuadraba con nuestra idea adolescente de intemporalidad y plenitud.

He regresado frecuentemente a la ermita, y la peña y el río se siguen desgastando mutuamente; ya sé que para morir van a necesitar muchos más años de los que yo pueda seguir regresando a este lugar. El río ha sido nuevamente represado y un muro de hormigón sustituye a las piedras coloreadas de verde, pobladas de hongos y algas, que constituían el puente por el que ella se deslizaba y me guiaba de la mano. Y el camino hasta el río ahora está asfaltado para que puedan transitar más cómodamente los tractores. Y el lugar en el que nos despedíamos con una última inspiración de aire nocturno, una última bocanada de brisa proveniente del río y un beso que parecía eterno, ahora está sembrado de adosados que revuelven en verano la noche con gritos infantiles y olores de barbacoa. Me siento cerca de la ermita y me agarro a la tierra para arrancarle puñados que le devuelvo, y luego huelo mi mano que despide un aroma a raíz, a tiempo pasado, a sueño caduco, absuelto de cualquier connotación adolescente de inmortalidad.

Yo la amé en los rincones de su casa, furtivamente, cuando después de una breve siesta sus padres reiniciaban su trabajo en el campo, que en verano se acumulaba. Ella les prometía bajar más tarde, después de recoger la casa -y entonces callaba-, después de verme, de quererme y besarme y de susurrarme al oído que el fin de semana, cuando los campos reposaban, huiríamos al río, cerca de la curva bajo la peña. Y sus manos dejaban sobre mi rostro un aroma a romero y tomillo y a fruta dulzona, y escapaba rauda hacia el huerto donde sus padres trabajaban hacía ya una hora. En esos momentos la añoraba y la esperaba hasta la noche, cuando nuestro amor, intuido por los demás, pero nunca confesado por nosotros, se diluía en las conversaciones triviales de los veraneantes. Cuando compartíamos nuestro tiempo con alguno de ellos, mis ojos se iban hacia ella, hacia su pelo y su piel y sus ojos, que se aclaraban bajo el brillo de las farolas. Y aunque la conversación me divirtiera y resultara amena, deseaba fervientemente que llegara el momento de la despedida para perderme con ella en la oscuridad de las calles periféricas que cobijaban un “Hasta mañana” fugaz, precavido, asaltado por movimientos inesperados de ventanas y persianas. Y cada despedida nocturna acercaba más el fin de semana y llenaba los días de labor con la promesa de un río, de su cuerpo, de sus palabras: la promesa de un amor pleno, pero secreto, proscrito por una mentalidad adulta, sujeta a intereses que tenían su sentido en un mundo en el que yo intervenía como un intruso y cuyo orden alteraba con mi sola presencia.

Todavía desde la ermita, a través de las vibraciones del aire calentado al paso de los años y los veranos, creo ver su cuerpo yaciendo en el río, abandonado, ajeno a toda voluntad, como una isla en medio del escaso caudal del estío, y su piel tostada, con las sandalias huyendo de sus pies hacia la curva del río, donde este las depositaría hasta la siguiente crecida para llevárselas lejos, tal vez hasta el mar.

Yo la amé con un amor exacerbado por el ansia adolescente, con un cariño anónimo que sus padres desconocían y hubieran desaprobado.

-No te fíes de los extraños, de los que vienen de fuera. Tu sitio está en esta casa, en este pueblo, trabajando en lo que es de tu familia. Luego pasa lo que pasa -le repetía su madre, como una letanía, el discurso aprendido de las abuelas o de las bisabuelas, que seguramente también amaron a alguien de fuera, como yo. Y si las habían abandonado, ¿qué culpa tenía yo? Reflexionábamos juntos sobre ello al sol de mediodía de un fin de semana a la orilla del río, cuando el aire reverberaba con el canto de las cigarras, únicos testigos de nuestro amor.

Los domingos acudíamos a la misa de mediodía con nuestras respectivas familias, y allí nos dirigíamos miradas furtivas: ella fingía alisarse un pliegue de su vestido y con una sola mirada me hablaba del río, de su curva bajo la peña, de la ermita: el faro que guiaba nuestros pasos hacia el encuentro deseado. Terminada la misa, se hacía necesario disimular la prisa, la urgencia,

con pasos lentos, refrenados, como si no ocurriera nada, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para soportar la espera.

-Hoy no voy a comer. Lo haré en casa de Sara -ella justificaba así ante sus padres el tiempo de nuestro amor fluvial.

Acudo a la ermita cada verano y me siento cerca de ella sobre la tierra, alejado del borde de la peña sobre la que se encarama, calculando los años transcurridos desde aquel verano en que perdí la inocencia y la adolescencia, porque el dolor del primer amor marca definitivamente un antes y un después. Calculo, pues, los años transcurridos para saber qué parte de la peña se sustenta sobre el vacío dejado por el río en su lento pero indefectible arañar a la piedra. Y miro desde arriba hacia el río para que haga prender en la memoria un atisbo de aquel verano diferente a todos los veranos de mi vida, y un rescoldo de aquel amor diferente a todos los demás amores de mi vida.

-Últimamente llegas a casa con las sandalias mojadas. No sé qué haces en el río, pero ya sabes que no quiero que vayas, si no es con tus amigas. Y por lo que me han dicho, ellas no bajan. Ten cuidado. Ya sabes que te puedes quedar en casa sin salir -habían sido las palabras de su padre, autoritarias, asumiendo la moral imperante, consabida, aunque no estuviera escrita en ninguna parte, o quizás sí, pero sin letras, en el subconsciente colectivo del pueblo. Y a sus dieciséis años, ella no podía más que responder con un "Sí" tímido, encubridor, domesticado. Se desembarazaba de sus padres con calma, sin aparentar prisa. Llegaba hasta la esquina, y nos íbamos hacia el río, hacia aquel lecho de cantos rodados que se calentaban al sol del verano, festoneado por una vegetación que hacía secreto nuestro amor, pero -tarde lo descubrimos- también convertía en invisible a la mirada intrusa. Y esta no puede callar y se regodea cuando lo cuenta saboreando la ponzoña que lleva cada palabra:

-Se ven... se besan... se esconden... desnudos... en el río... no es de aquí... es tu hija... luego pasa lo que pasa... tu buen nombre... las miradas... los comentarios...

Y su padre vio las sandalias mojadas, la abofeteó y le prohibió salir de casa, excepto en compañía de ellos para trabajar en el huerto o acompañar a su madre.

Aquella semana visité el río yo solo y ascendí por el camino pedregoso de la peña hasta la ermita para llorar allí mi soledad, como un niño, como el niño que era realmente, a solas con un amor primerizo, desesperado, mirando de reojo a la ermita refulgente al sol de mediodía, implorando a la presencia inconcreta y etérea del interior que me permitiera verla de nuevo. Dos semanas constituyeron el tiempo de mi penitencia. El domingo, en la misa de mediodía, ella me miró de nuevo y con su mirada me lo dijo todo. Su amor no resistía normas y era indiferente a las miradas ajenas. Y entonces, a la salida, en el tumulto, desapareció y corrimos hacia el río y le

robamos las dos semanas que nos habían quitado. Yo la amé, como si fuera la primera vez. Y nos abandonamos a las caricias mutuas y a las del río, que lamía nuestros cuerpos en su plácido transcurrir compitiendo con el sol que blanqueaba la ermita y la hacía refulgir como un faro. Y los “Te quiero” se sucedían como una letanía porque nuestra misa dominical se celebraba allí, en el río, en un agua que nunca era la misma, siempre renovada por el fluir de la corriente, como un bautismo de cariño.

-Sara dirá que he estado con ella todo el día -me dijo-. Algún día nos iremos juntos lejos de aquí.

-Sí, muy lejos: por lo menos a donde termina este río -le respondí.

Y el ocaso nos anunció que había que regresar, que se terminaba el tiempo de nuestro amor. Vadeamos el río por donde costumbre y nos dirigimos hacia la presa.

-Me quitaré las sandalias -anunció ella-. Si no, mi padre caerá en la cuenta de que he vuelto al río.

Yo le di la mano y la miré a los ojos.

-Siempre he deseado cerrar los ojos y dejar que me guíes sobre las piedras, porque dependo de ti y sin ti yo no cruzaría... ni viviría -le confesé antes de iniciar el paso.

Ella me dirigió una mirada como respuesta, sin palabras, plena de significado y vi en sus ojos tristeza, toda la tristeza -poca- que cabe en unos ojos de dieciséis años.

-Sí, yo te guío -me respondió al de unos segundos e inició el paso: iba de roca en roca, de losa en losa avisándome entre risas de la longitud que tenía que tener mi paso para apoyarlo correctamente. Sonreíamos y las manos se aferraban con fuerza como si quisiéramos retenernos para siempre. En la otra mano ella llevaba sus sandalias, las de los domingos, para que no se le mojaran. Yo sonreía, ciego de amor, aferrado a su mano. Pero su pie resbaló sobre el verdín de la roca y se truncó -todavía hoy lo recuerdo como si ocurriera a cámara lenta, tormento de mi memoria-. Solo sentí que su mano me abandonaba y me dejaba solo en medio del río y de la vida. Abrí los ojos y lo primero que vi fueron sus sandalias alejándose como dos barcas rojas mecidas por el agua camino de la intrépida curva del río bajo la peña. Sin mirarla, sentí su silencio, el silencio ominoso de su voz y miré a mis pies: el agua se teñía de rojo y le alborotaba el cabello. Su mirada atardecía como el sol sobre el horizonte, y sus ojos se iban cerrando. Sus pies, inertes, se levantaban sobre la superficie del agua como si rehusaran hundirse. Pero ella ya no me hablaba y su piel iba adquiriendo el tono lívido de la despedida. A partir de ahí mi memoria rechaza todo lo ocurrido después y solo distingo retazos de voces, gritos y lamentos.

Regularmente, y mientras los años me lo permitan, vuelvo a Santa Cruz. Mi familia no entiende por qué lo hago: “Una extravagancia del abuelo”, piensan. Y miró desde allí el río que

se retuerce al pie de la peña. Ahora la presa es de cemento y tiene un paso con barandilla; ahora ella no resbalaría, ni unas sandalias mojadas serían prueba de inmoralidad alguna. Veo mi vida a punto de transcurrir definitivamente, dominada por una ceguera voluntaria y unos resbalones que me han acompañado siempre.

Porque yo la amé durante dos veranos, a la orilla de un río en un pueblo de etimología difícil, al pie de esta ermita, con un amor adolescente y, por tanto, sincero e impulsivo, vuelvo a la ermita y arranco puñados de tierra que ya no huele ni a tomillo ni a romero, ni a fruta dulzona y madura, sino simplemente a tierra.

JESÚS ANGEL GARCIA PEREZ